

El Perro en la Conquista de Las Indias ©

Escribe Carlos Contera



**EL PERRO EN LA CONQUISTA DE LAS INDIAS
POR CARLOS CONTERA**

**'EL MUNDO DEL PERRO' 1983 TOMO IV
Nº 43 Octubre y Nº 44 Noviembre**

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS © CARLOS CONTERA

El Perro en la Conquista de Las Indias ©

Escribe Carlos Contera

«En cuanto le ha puesto un nombre a algo, ya no ve este algo, no hace sino oír el nombre que le puso, o verle escrito. La lengua sirve para mentir, inventar lo que no hay y confundirse.»

Pensamientos de «Orfeo» ante el cadáver de su amo, Augusto. *Niebla*.

Miguel de Unamuno

Hace dos siglos nació Simón Bolívar, libertador de América. Sólo nueve años restan para la conmemoración del quinto centenario del descubrimiento de las Indias Occidentales. En ambos episodios históricos destacaron las gestas individuales, como brillantes muestras de un esforzado proyecto común. Antes y después de la conquista del .Nuevo Mundo, la influencia del perro ha pasado casi desapercibida, como si pretendiera sortear el testimonio histórico. A menudo, el ritmo de vida actual no nos permite detenernos en consideraciones documentales sobre los perros que nos rodean. En cambio, ellos son portadores de un largo mensaje funcional que alcanza su máxima efectividad en las situaciones límite. En verdad, son pocas las referencias caninas que nos han dejado las crónicas, pero suficientes para conocer sin errores de bulto la importancia del papel que el perro ha desempeñado.

Han sido muy variadas las funciones desarrolladas en América por los perros llevados por los descubridores españoles. En principio, los hombres que llegaron al nuevo continente previeron la utilización de sus perros en las mismas tareas a que se destinaban en la Península. Sobre todo en la caza, actividad que proporcionaba una buena parte de los alimentos frescos de que disponían los primeros colonizadores. En el transcurso de los acontecimientos el perro se constituyó en un instrumento de gran utilidad y alta versatilidad. Además de su función esencial de proveedor de vituallas, constituía una inapreciable fuente de proteínas en momentos de sufrimiento y penuria. Fue el perro durante aquella época fiel compañero de fatigas, constante guardián de propiedades y, lo que era más útil, constante centinela que avisaba de cualquier peligro. Por sus características, los perros que participaron en la conquista eran de buen tamaño y fuerte carácter. Fue factor decisivo en la lucha entre conquistadores y conquistados. Los perros cumplían con eficiencia la misión que sus amos les impusieron. QUIROZ y MAYNEZ han reseñado los efectos de sus acometidas y luchas: *“Los conquistadores arrojaban furiosos lebreles sobre los desnudos indios para verlos después despedazados expirando”* (1). A su presencia en el combate se añadía, frecuentemente, su uso como verdaderos verdugos ejecutores de sentencias.

Dudas ante los perros precolombinos

La presencia del perro en el Nuevo Mundo ha ido asociada frecuentemente a la del caballo. Ambas especies resultaban desconocidas para los indígenas. Ante animales de tan inusual tamaño y presencia los indios quedaban estupefactos. Esta reacción admiraba a los españoles, que no tardaron en recurrir a ellos como eficaces medios de represión. Los testimonios de los cronistas acerca de la existencia de perros en las Indias son numerosos, pero ambiguos y contradictorios, incluso dentro del mismo área de conquista y bajo la misma firma. El cronista LÓPEZ DE GOMARA afirma: *«No había caballos, ni bueyes, mulos, asnos, cabras, ovejas y perros, por cuya causa no hay rabia allí ni en todas las Indias»* (2). En cambio, son muchos los pasajes de las crónicas en que se describen unos animales pequeños, semejantes a los cánidos, que los indios de México cultivaban en manadas y estaban destinados a la alimentación humana. En muchas ocasiones los guerreros españoles recurrían a alimentos originarios de la región conquistada; en el caso de estos animalejos son frecuentes las citas. DÍAZ DEL CASTILLO los refiere a menudo como manjar habitual: *«Tuvimos muy a bien de cenar de unos perrillos que ellos crían»* (3).

Resultaban prácticos en el transporte de campaña y constituían «*harto buen mantenimiento*». En las crónicas de la Nueva España son muy numerosas las citas de éstos «como perrillos», denominados ocasionalmente «izcuintepozotli», que a veces eran reproducidos en imágenes de oro. También se daban en el mar Caribe, según el testimonio de FERNANDEZ DE OVIEDO: «*En tierra firme, en poder de los indios caribes flecheros hay unos perrillos pequeños..., que tienen en casa, de todos los colores de pe/o...; algunos bedijudios y algunos rasos, y son muchos porque nunca jamás ladran, ni gañen, ni aullan... y tienen mucho aire de tobillos, pero no lo son, sino perros*» (4). La prosa de GOMARA, que descende a la descripción de modos y costumbres de gran valor etnológico, corrobora la existencia en La Española de «gozque/os de muchos colores, que ni aullaban ni ladraban, cazaban con ellos y cuando estaban gordos se los comían» (2). Aunque la existencia de estos perrillos está bien documentada, también se puede contemplar la posibilidad de que el testimonio esté enmascarado por la limitación lingüístico descriptiva. En este sentido cabe reseñar que los españoles denominaban «ovejas» a las abundantes manadas de llamas andinas: «*ovejas que son algo acamelladas de la cruz alante, aunque más parecen ciervos*». Otro tipo de perros originarios americanos es descrito por los cronistas. Son unos perros de mayor tamaño, descritos por GOMARA como «*grandes perros que lidian con un toro, y que llevan dos arrobas de carga sobre jalmas cuando van a caza o cuando se mudan c.on el ganado y hato*» (2). Este detalle del transporte de carga llamó la atención de los españoles porque en nuestro país esta aptitud canina nunca se ha explotado.

En las tradiciones y creencias religiosas de los pueblos americanos el perro ha tenido un papel preponderante. Son muchas las figuras metálicas y cerámicas representando perros de que tenemos noticia. En la religión azteca el perro forma parte del ajuar que el difunto lleva al otro mundo. Son frecuentes los sacrificios de perrillos introducidos en las sepulturas. Los incas del Perú conservaron una tradición oral semejante a la del diluvio bíblico. Dicen que llovió tanto una vez que anegó todas las tierras; sólo pudieron salvarse los refugiados en cuevas de las más altas cumbres. «*Cuando no sintieron llover, echaron fuera dos perros, y como regresaran limpios, aunque mojados, comprendieron que las aguas no habían menguado. De entre los animales que guardaron volvieron a echar más perros que volvieron enlodados, señal de que las lluvias cesaron y de que podían volver a poblar la tierra.* La antigüedad del perro en el continente americano parece comprobada. El paleontólogo finlandés Durten ha dado a conocer en Europa las investigaciones de la

doctora Lawrence, de la Universidad de Harvard, que durante los años setenta examinó material procedente de la Cueva del Jaguar, de Idaho (U.S.A.). Entre los restos se encontraron dientes y quijadas de perros domésticos existentes hace diez mil trescientos años; es decir, anteriores a los restos más antiguos descubiertos en Eurasia. Se piensa que los fósiles del noroeste de Estados Unidos pudieran proceder de perros llevados desde Siberia y domesticados posiblemente durante períodos glaciales. Lo que no está claro para los investigadores es que los cánidos domésticos precolombinos constituyan tipos autóctonos porque pudieran proceder de los más remotos visitantes europeos del continente. Lo cierto es que el grito de Rodrigo de Triana —¡Tierra, tierra!- fue el preludio de un cambio definitivo en la fauna del continente. Más radical aún en lo que a animales domésticos se refiere, pues se introdujeron nuevas especies traídas desde Europa.

Proveedores de avituallamiento

Una mínima reflexión sobre el abastecimiento necesario para el viaje y el modo de subsistir en la nueva tierra llevaba a los descubridores a incluir perros en los barcos. En las primeras fases de la conquista, el empleo de perros sólo se intuye con fines venatorios. El perro era una forma más de obtener sustento en aquel tiempo de tantas penalidades. La inmensa mayoría de las referencias que nos han llegado aluden a tipos caninos dedicados a la caza, hacia los que los españoles mostraron gran aprecio en siglos previos y posteriores al descubrimiento. DÍAZ DEL CASTILLO narra con detalle la atención que prestaba la expedición de Joan de Grijalba a la abundancia de venados en Yucatán: *«Y había mucha caza de venados y conejos, y matamos diez venados con una lebrela. Y muchos conejos. Y desde que todo fue visto y sondado, nos tornamos a embarcar y allí se nos quedó la lebrela.»* Un año después, en 1519, la expedición de Cortés de la que también formaba parte Bernal Díaz, tocó nuevamente esta tierra, y hizo todo lo que le fue mandado, y halló la lebrela que se hubo quedado cuando lo de Grijalba, y estaba gorda y lucía. Y dijo Escobar que cuando la lebrela vio el navío que entraba en el puerto, que estaba halagando con la cola y haciendo otras señas de halagos, y se vino luego a los soldados y se metió con ellos en la nao»(3). Pero el viento los empujó y quedaron retenidos, aislados y no bien provistos. GOMARA relata la misma escena: *«...y sin duda no hubieran podido resistir allí el hambre tanto tiempo a no ser por una lebrela; mas como ella los proveía, y era aquel el derrotero y camino de la armada, esperaron al capitán»* (5).

Pocas veces los cronistas nos refieren anécdotas tan jugosas como ésta en la que vemos cómo sólo una *«lebrela de buen tallo»* es capaz de salvar de la muerte a toda la tripulación y soldados de un barco. A buen seguro escenas como ésta fueron frecuentes durante la conquista, pero la necesaria brevedad de la relación nos priva del solaz de estas escenas. BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO es un testigo absolutamente excepcional de la conquista. Participó sucesivamente en las tres expediciones a la Nueva España (Fernández de Córdoba, Grijalba y Cortés). Su relato, riguroso y entretenido, presenta las principales virtudes de la prosa militar: exactitud, claridad y concisión. Esta última característica le obliga a limitarse a la esencia de los hechos históricos, sin apenas detenerse en curiosidades o vivencias de mucha importancia en otros campos. Mis lecturas sólo se reducen algunos textos impresos publicados. Es lástima que la falta de recursos impida desarrollar una labor zoológica completa. Estoy plenamente convencido de que el Archivo General de Indias podría aportar muchos datos acerca de la cantidad y calidad de los perros embarcados. En las referencias de las pocas crónicas leídas (por mí, en concreto) no he encontrado reseñas de perros dentro de la relación de personal, animales o utillaje. En cambio sí hay constancia de la presencia de perros en el matalotaje embarcado. La fecha de partida de la expedición de Cortés fue 10 de febrero de 1519. Su flota estaba constituida por once navíos y en la relación minuciosa de su ejército está ausente cualquier reseña canina. En cambio, en una de las primeras arribadas, Cozumel, los españoles practicaron la caza: *«... se crían muchos venados, puercos monteses, conejos y liebres, aunque pequeñas; de todo lo cual mataron cantidad nuestros españoles con ballestas y escopetas y con los perros y lebreles que llevaban; y aparte de la que comieron fresca, acecinaron y curaron al sol mucha carne»*.

Paulatinamente, este criterio del uso de los perros cazadores como proveedores de vituallas se va ampliando. En algunas regiones el concepto de caza se aplicó a los indios y el perro cumplió funciones de acoso a las poblaciones indias.

El concepto de «hombre salvaje», atribuido a los indios, toma cuerpo no sólo en la conquista, también en la literatura del siglo XV. Se repite la idea de no considerar a los indios hombres cabales, por lo que su trato y captura — sobre todo en las primeras fases de la conquista— tiene mucho que ver con el propinado a un animal salvaje. KONETZKE, conocido documentalista alemán sobre los temas de América, también ha reflejado estas prácticas, que toman

cariz de caza mayor: «*Los españoles emprendían en pequeños pelotones la caza de indios y cuando lograban atrapar un grupo de ellos arrastraban consigo a los supervivientes como esclavos. Era corriente que se dijera: Yo tengo o necesito tantas cabezas, como si se tratara de cabezas de ganado*» (6). La presión guerrera se hacía más pesada cuanto más belicosas fueran las tribus a dominar. Pese a las limitaciones en cuanto a esclavitud de «la encomienda», eran permitidos los viajes para la «caza de esclavos» a las islas habitadas por indios caribes, pues «*son muy molestos a los cristianos a los que se convierten a nuestra Fe y los matan y los comen...*», El canibalismo de estos indios justificaba su apresamiento para posteriormente utilizarlos en el trabajo.

Con esta mentalidad cinegética el hombre europeo supera el estadio de descubridor y se constituye en verdadero conquistador de las primeras islas colonizadas. No es extraño que en la persecución' de indios se empleen los perros clásicamente usados en la montería española.

Esta sistemática persecución, los exagerados trabajos de esclavitud, nuevas, enfermedades, reducción de natalidad y otras causas fueron determinantes en la drástica disminución de la población indígena, que se estima, en breves años, un censo de 500.000 habitantes reducido a 46.000. O, como afirma LÓPEZ DE GOMARA, «*que de quince veces cien mil y más personas que había sólo en aquella isla (La Española, Haití) no hay ahora quinientos*» (año 1551) (2).

Temibles guerreros

En ninguna región descubierta de las Indias occidentales eran conocidos animales de tanto porte, arrojo y furor como los perros de los conquistadores españoles. Entre los indios la presencia de los perros de las tropas invasoras causaba estupor. Este fue un accidente sorprendente para las tropas españolas, pero de decisiva importancia en la estrategia militar, pues la ferocidad, acometividad y agilidad de nuestros perros de agarre multiplicaron más aún su efecto en el combate. Igual que eran destacados y muy temidos algunos soldados españoles, ciertos perros causaban verdaderos estragos entre las filas indias. En la conquista del Boriguén (nombre indígena de Puerto Rico), el temor de los indios a Diego de Salazar sólo pudo ser comparado al que sentían por uno de los perros

españoles. GOMARA en su primer libro nos lo relata: *«También tenían grandísimo miedo a un perro llamado «Becerrillo», bermejo, bocinegro y medio; el cual peleaba contra los indios animosa y discretamente, conocía a los amigos, y no les hacía mal aunque le tocasen. Conocía cuál era caribe y cual no; se traía al huido aunque estuviese en medio del real de los enemigos, o le despedazaba: en diciéndole "ido es", o "búscalo", no paraba hasta traer por fuerza al indio que se iba. Acometían con él nuestros españoles tan de buena gana como si tuvieran tres de a caballo; murió «Becerrillo» de un flechazo que le dieron con hierbas cuando nadaba tras un indio caribe» (2).*

Nos han quedado numerosas referencias de la estructura militar en cuanto a número y distribución de las diferentes armas, pero es excepcional la reseña del número de perros de combate. En la conquista de México, el ejército de Cortés contaba también con la anexión de marineros tras la inutilización de las naos. En las columnas de marcha tenían determinado su orden artilleros, mosqueteros, ballesteros, caballería e infantería. Y entre los infantes, los perros. En aquella dramática aventura el asombro se mezclaba con la angustia y la preocupación. *«Por delante estaba la gran ciudad de México, y nosotros aún no llegábamos a cuatrocientos soldados.»* En tan reducido ejército iban incluidos los imprescindibles perros. Unos años antes, Balboa, que había avistado el mar del sur el 25 de septiembre de 1513, se vio obligado a guerrear contra Chiape, cacique rico y guerrero. FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA nos describe la afrenta: *«Se burlaba oyendo decir que le harían mercedes los que las pedían, y como vio pocos españoles, los amenazó braveando mucho si no se volvían. Salió después con un gran escuadrón bien armado y en concierto, a pelear. Balboa soltó los alanos y escopetas, y arremetió contra ellos animosamente y a pocas vueltas los hizo huir. Siguió a darles alcance, y prendió a muchos que, por ganar crédito de piadoso, no los mataba. Huían los indios de miedo de los perros, según dijeron...» (2).* Con esta decisiva intervención de los feroces perros españoles, Vasco Núñez de Balboa dominó y rescató muchas piedras y metales preciosos que también correspondieron a esos alanos tan corajudos de que nos hablan GOMARA: *«Repartió Balboa el oro entre sus compañeros, después de apartada la quinta parte para el Rey, y como era mucho, alcanzó a todos, aún más de quinientos castellanos a «Leoncillo», perro, hijo de «Becerrillo» el del Boriquén, que ganaba más que un arcabucero para su amo Balboa; pero bien lo merecía, según peleaba con los indios.»*

El asombro que causaban nuestros perros entre los pueblos

indígenas era conocido sólo en parte por los españoles. En la primera embajada del gran Moctezuma fueron incluidos junto al embajador varios pintores aztecas que recogieron todos los detalles del real del capitán español en torno a cuyas tiendas y pabellones centrales merodeaban los perros. BERNAL DÍAZ, testigo presencial de la escena, no oculta su sorpresa de que también fueran retratados sus perros, junto al capitán, los intérpretes y las piezas de artillería: *«Y parece ser el Tendile traía consigo grandes pintores, que los hay tales en Méjico, y mandó pintar al natural la cara y rostro, y navios y velas y caballos, y a doña Marina y Aguilar, y hasta dos lebreles, e tiros y pelotas...»* Ante este hecho, la curiosidad es el sentimiento del cronista castellano. Muy distinta la reacción azteca. La embajada recogió impresiones indescriptibles y los emisarios contaban con espanto a su emperador el relato de lo que vieron: *«Sus perros son enormes, de orejas ondulantes y aplastadas, de grandes lenguas colgantes; tienen ojos que derraman fuego, están echando chispas; sus ojos son amarillos, de color intensamente amarillo; sus panzas, ahuecadas, alargadas como angarilla, acanaladas. Son muy fuertes y robustos, no están quietos, andan jadeando, andan con la lengua colgando. Manchados de color como tigres...»* (7). Tras oír esta y otras descripciones de los extranjeros, Moctezuma se llenó de gran temor y, según refleja la fuente indígena, «se le amorteció el corazón». A esta altura del proceso los españoles aún no habían entablado pelea con las huestes aztecas, donde los perros se hubieran mostrado más acometedores. Gracias a la hábil diplomacia de Hernán Cortés, muchos pueblos mexicanos fueron aliados de los españoles. En especial los de Cempoal y los tascaltecas. Ellos mismos fomentaban el temor de los demás indios a los «teules» de Castilla. Narra DÍAZ DEL CASTILLO: *«Como llevábamos un lebrél de gran cuerpo, que era de Francisco de Lugo, y ladraba mucho de noche, parece ser preguntaban aquellos caciques del pueblo a los amigos que traíamos de Cempoal que si era tigre o león o cosa con que matábamos los indios. Y respondieron: "Tráenlo para cuando alguno los enoja los mate"»* (3).

«Aperrear», fórmula de ejecución

La ferocidad sin límites de los perros españoles los convirtió durante la conquista en fieles máquinas de matar. Además de las persecuciones en la batalla, el perro cumplía el inhumano papel de verdugo de indios, bien rebeldes, bien practicantes de costumbres perseguidas como pecados en el inundo renacentista cristiano. Los

avances en territorio americano de las tropas castellanas están salpicados de aterradoras ejecuciones. Resultan de inaguantable lectura si no nos asimos férreamente al espíritu científico, que en este caso busca ávidamente la definición de aptitudes de las razas caninas autóctonas de España empleadas en la conquista.

Al regreso del mar del sur, Balboa invadió nuevos terrenos en los que encontró pueblos de diferentes hábitos a los vistos hasta ahora. Pacra, tirano y señor de amplias tierras, fue alcanzado y hecho preso. Negó todo intento de colaboración con Balboa y al ver que no tenía oro —«era feo y sucio, si en aquellas partes se había visto, grandísimo puto, y que tenía muchas mujeres...»— las quejas de los comarcanos arreciaron contra él; Balboa le dio tormento. Y como nos refiere GOMARA: «El confesó el pecado, mas dijo que ya habían muerto los criados de su padre que traían el oro de la sierra, y que él no se preocupaba de ello ni lo necesitaba. Lo echaron con esto a los **alanos**, que rápidamente lo despedazaron, y juntamente con él los otros tres y después los quemaron» (2). Si no era anterior, «aperrear» se constituyó en una implacable forma de ejecución. Fue usada reiteradamente por los castellanos, principalmente en la persecución de sodomitas. GOMARA nos describe el método durante la estancia de Balboa en el mar del sur: «Aperreó Balboa a cincuenta putos (que halló allí y después los quemó, informando primero de su abominable y sucio pecado. Conocida en la comarca esta victoria y justicia, le traían muchos hombres de Sodomía para que los matase... y regalaban a los alanos, pensando que de justicieros mordían a los pecadores.»

Esta fórmula de sacrificio no fue exclusiva de un jefe o grupo de conquistadores. También Juan de Ayora — que destacó por sus demasías y crueldades— ajustició a muchos indígenas; también hizo despojos de Carlos Panquiaco, cacique bautizado 'aliado que fue de Balboa hasta la muerte de éste. Las muertes hechas por Ayora en Comagre fueron «por deseo de oro, aperreó a muchos indios de don Carlos de Panquiaco, servidor del Rey, amigo de los españoles».

Carne de recurso

En los penosos viajes desde la metrópoli los perros constituirían una carga llevadera. A buen seguro su alimentación en los viajes fue sobria. Su ulterior rendimiento facilitaba los esfuerzos de su transporte. Es muy posible que en los repetidos envíos de ganado

(cerdo, ovejas, vacas) desde Castilla fueran incluidos numerosos perros. Al poco tiempo de llegar los españoles a Haití ya había perros cimarrones: *«Los perros que se han escapado y criado en los montes y en despoblado son carniceros más que lobos, y hacen mucho daño en cabras y ovejas»* (2). Una vez concluido el reclutamiento de tropas en las diferentes expediciones para descubrir nuevas tierras, iba incluido un buen número de perros auxiliares. Pese al gran recorrido emprendido por los guerreros, se conservan hasta el último momento perros y baratelas de Castilla (agujas, dijes, tijeras, cascabeles, espejos...). Los unos, por su gran poder de combate; las otras, por el agrado con que eran recibidos por los indios en señal de amistad.

En ocasiones el mantenimiento a ultranza se volvía contra los propios perros. Se convertían en la única fuente alimentaria disponible. Han sido numerosos los relatos que describen la necesidad que los conquistadores tuvieron de acabar con sus propios perros o caballos. En la conquista de Veragua intervino primeramente Diego de Nicuesa. Partió en el año 8 y descubrió más de sesenta leguas de tierra. Su aventura pasó por muy diversas vicisitudes. Partió con setecientos españoles y en menos de tres años no quedaron más que sesenta, que hubieran muerto de hambre si no hubieran regresado a Dañen. La información recogida por GOMARA da cuenta de las penalidades que sufrieron aquellos esforzados españoles antes de perecer en el naufragio de su último bergantín cuando regresaba a Santo Domingo: *«Comieron en Veragua cuantos perros tenían, y hasta alguno hubo que se compró en veinte castellanos, y hasta de allí a dos dias, cocieron la piel y la cabeza, sin tener en cuenta que tenían sarna y gusanos y vendieron la escudilla de caldo a (al precio) un castellano.»*

En Veragua los cristianos cometieron grandes inhumanidades impulsados por el hambre. No sólo se llegó a pagar la canal de uno de sus perros a veinte pesos castellanos de oro, sino que el guiso de dos sapos se pagó en seis castellanos. Otros españoles se comieron un indio muerto que encontraron. En la expedición de Felipe Gutiérrez en 1536 pereció casi la totalidad de los 400 soldados que llevó. Fueron víctimas de las flechas envenenadas y el hambre. *«Se comieron los caballos y perros que llevaban.»* Fueron capaces de matar a dos españoles para comérselos. El desgraciado Diego de Ocampo, compañero de Gutiérrez, se enterró vivo él mismo en el hoyo que vio para otro español muerto *«por no quedar sin sepultura»*.

Las razas empleadas

El amplio número de cronistas nos permite hoy corroborar el testimonio de unos y otros, en lo que se refiere a detalles descriptivos. He pretendido recurrir básicamente a dos testimonios —Gomara y Díaz del Castillo— de muy diferente extracción cultural. Bernal Díaz, soldado, castellano de Medina del Campo, hombre llano, esforzado y valeroso, «buen testigo de vista» de la conquista, esclavizado a la verdad. Francisco López de Gomara, instruido, culto, licenciado en la Universidad de Alcalá, clérigo, «latino», ordenado, sublime narrador y consumado etnólogo y humanista. En algunos pasajes históricos las noticias de Gomara difieren del relato de Bernal Díaz. En cambio, en materia de descripciones caninas hemos visto que hay plena coincidencia entre ambos. Se citan con nítida diferenciación dos razas: Alanos y lebreles. Se trata de dos tipos clásicos en la riqueza canina ibérica. Son numerosos los testimonios y descripciones pre y pos-colombinas en la literatura española que acreditan ambos tipos.

Del perro Alano Español han quedado reminiscencias conservadas en nuestros días. Según todos los autores, fue introducido en Iberia durante la invasión de pueblos bárbaros europeos en el siglo V. Es el más documentado representante del tronco de melosos ligeros de presa existente en España. Es indudable su relación filogenética con las razas afines que existieron o existen en Centroeuropa. Su aptitud más explotada ha sido el agarre de jabalí en montería, aunque también ha sido clásicamente utilizado en cacerías nocturnas, mataderos y carnicerías, en la sujeción de reses vacunas, lidia de toros bravos, en peleas de perros, como guardes. Su época dorada fue el siglo XIX, de cuyos años ha quedado múltiple documentación sobre la raza, que ya fue detalladamente descrita en el siglo XIV por don Alfonso XI. El justiciero rey de Castilla hace una descripción completa de los perros alanos —«... *et bien abierto de boca; et las presas grandes, et los ojos bien pequeños...*»— completada con una aseveración tajantemente funcional: «*Et el alano que estas fechuras hobiere sera feroso, et de razón debe seer tomador*» (8). El perro llamado Lebrel ha sido el perro de alcance y acoso para la caza mayor por excelencia. En el siglo XVI existían doce empleos de «*montero de lebrele*» designados por Felipe II. Cada montero tenía asignados dos perros que servían «en las paradas para desde allí correr los venados y seguidos hasta matallos». La descripción morfológica más gráfica y concisa de la raza se debe una vez más a don Alonso Martínez del Espinar (1642): «*Los mayores perros son los*

lebreles cébanlos en venados, jabalíes y osos; la hechura del cuerpo del lebrel ha de ser muy delgado, grandes ojos, cabeza larga, cenceño y de mucha ligereza.» La influencia francófona ha hecho que muchos escritores en España atribuyan a sabuesos y galgos el apelativo de lebrel. Resulta absolutamente impropio e indocumentado, pues está bien probado que los Lebreles constituyeron casta aparte en el panorama canino de España. Martínez del Espinar, con su descripción de cada una de las principales agrupaciones caninas por él conocidas hace además una indiscutible diagnosis diferencial entre tipos más o menos afines. Los molosos de presa españoles han estado siempre más próximos a los tipos de acoso y carera (Lebreles y Galgos) que a los molosos de montaña (Mastines). En su tiempo fue célebre un Lebrel del malogrado príncipe don Juan —hijo primogénito de los Reyes Católicos, frustrada' esperanza de los españoles en mantener un linaje propio en la Corona de España—. GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO, primer cronista de Indias, nos relata las maravillas de aquel singular can en su «Libro de la Cámara Real»: *«Vn lebrel le fue dado al Principe, que en su tiempo no se sauía que en España ouiese otro tal, y siruio a su alteza con él un hidalgo que lo crio, que se llamaua Herrera, y al perro llámauan Bruto. Hera de color manchado, blanco y prieto, y bien puestas ambas colores. No fierá alindado, porque deuia ser hijo de alano, o de casta de alano y de lebrel; y assi no tenía cabeqa linda, pero era recio de miembros, y no muy grande».* En definitiva, creo que queda demostrada la incuestionable entidad étnica de los lebreles de España. Obran a nuestro alcance muchos otros datos y referencias acerca de estos grandes perros de acoso que no citaré por no hacer prolija en exceso la descripción y porque se dan frecuentes retratos de esta agrupación canina en la pintura de los siglos de oro españoles. Aunque, por cuestión de método, hemos recurrido a citas textuales de los cronistas, cabe la investigación efectuada a la inversa. Esto es, plantear cuáles agrupaciones caninas autóctonas de la España renacentista hubieran podido emplearse en labor de caza mayor, combate, acometida y lucha; centinela y guardia. En todo caso serían necesarios perros de talla, fuerte carácter y relativa abundancia. A la vista de estas aptitudes se nos presentan junto a Lebreles y Alanos, especializados cazadores de grandes reses, y los Mastines, perros ganaderos de gran tamaño.

(Fin de la primera entrega. Continuará.)

Citas bibliográficas, en el próximo número.

En mis lecturas, no he podido encontrar ni una sola cita literal (exacta o fiable) en que aparezca una alusión a los mastines como agentes de intervención en la Conquista. Se ha invocado repetidamente el nombre de López de Gómara como referencia de la presencia de mastines en América. He leído palabra por palabra la «Historia general de las Indias» en edición reciente (1965), con texto modernizado por Pilar Guibe-lalde. En este su primer libro, donde se narran las hazañas de Diego de Salazar, Becerrillo y Leoncillo, Gómara no hace ni una sola reseña acerca del Mastín Español. A fray Bartolomé de las Casas se le atribuyen diversas citas de mastines en América. Su testimonio está muy desvirtuado. Bernal Díaz desmiente claramente el texto De las Casas: «... *dícelo de arte en su libro a quien no lo vió ni lo sabe que les hará creer que así aquello e otras crueldades que escribe, siendo todo al revés, que no pasó como lo escribe.*» Pánfilo Narváez y Antón Velázquez, representantes de Cuba en la Corte, también descalificaron al fraile. Lo llamaban «*persona liviana de poca autoridad y crédito, que habla de lo que no sabe ni vio.*»

Una inexactitud deliberada

En una buena lógica, no es ningún demérito para la raza su no participación en las primeras fases de la Conquista. Es lógico que los mastines, junto a otros tipos de perros, llegasen en épocas posteriores al Nuevo Continente. Sería muy útil que alguien se dedicara con rigor a abrir este camino de investigación. Desde luego, no es descabellado pensar que los mastines trashumantes, más rústicos y ligeros, de frugal mantenimiento, terrible temperamento, pudieran haber intervenido, pero no hay una reseña clara de este hecho, Luis Esquifó, uno de los más reputados investigadores de Mastines Españoles y molosos de montaña en general, es contrario a esta tesis. La esposa de Esquifó es portorriqueña. En sus relaciones familiares ha visitado la isla y afirma repetidamente que aquel clima tan agotado hubiera resultado insufrible para los grandes perros nacidos en la meseta castellana. Jesús Vadillo, estudioso de Mastín Español y secretario de la actual Comisión de Razas Españolas de la Sociedad Canina de España, se ha declarado varias veces en contra de la posible participación del mastín ganadero en la epopeya americana. En esta línea se han expresado de acuerdo los principales conocedores actuales de la raza. Otros detalles fortalecen estas posturas. La exaltada descripción indígena de perros atigrados, de mirada espantosa, no se ajusta a la noble

expresión de los mastines. La alusión de tamaño «medio» en algunos de los perros más célebres no corresponde a la idea del mastín, que siempre se ha tenido por un perro de grandes proporciones. Por otra parte, el espíritu cinegético, que parece inherente a los perros conquistadores, está ausente en los mastines, cuyo uso en montería apenas aparece documentado más que desde principio del presente siglo. En cambio, los autores militares españoles Col. Valdés (1910) y P. Vidal (1934) recomiendan el uso de mastines en algunos servicios castrenses.

El difuso y pobre bagaje cultural-cinófilo de nuestros aficionados, ha atribuido al mastín su participación activa en la Conquista de América. No es un caso aislado, sino parecido al confusionismo acerca de la denominación «lebrele», al que anterior¹ mente hacíamos referencia. Ambos resultan muy semejantes, en su raíz y efectos, al que se mantuvo con el actual Perdiguero de Burgos y su identificación con el antiguo perro de muestra ibérico. En este caso me fueron suficientes dos años de investigación y difusión de la idea para lograr tirar por tierra tamaña inexactitud. Afortunadamente, muchos textos desde 1979 han secundado la teoría juzgando acreditado y lógico que el tronco ibérico de perros de muestra se ajusta al patrón racial del Pachón Navarro.

Es curioso el fenómeno de que nuestra cinofilia, tradicionalmente huérfana de investigadores y documentalistas históricos, acepta sin más la herencia oída, atribuyéndola a ciegas. La virtual desaparición de castas, tan clásicas como Alanos y Lebreles, ha decidido que nuestro aparato cinófilo no busque la verdad de las cosas. Acepta alegremente, sin procurar comprobación, que fueron Mastines los perros utilizados en la Conquista, al igual que toleró sin ningún rigor que los modernos perros llamados «perdigueros» fueran identificados con el famoso «old spanish pointer».

Inquietud atávica

Aunque los descubridores, conquistadores y pacificadores españoles no llevaran —acaso— los mastines ganaderos consigo, de lo que no se desprendieron fue de su mentalidad nómada. En la colonización española la característica más original es el rápido progreso de las tropas conquistadoras en busca de nuevas y ricas tierras. Una buena parte de las tropas castellanas provenían de las campañas de Italia, había una mayoría de guerreros experimentados en las largas algaras fronterizas contra el último bastión musulmán de Granada. El aventurero afán de lejanía, también se comprende al ver que una gran parte de conquistadores y colonizadores eran de extracción ru-

ral. Procedían de núcleos de población que habían llevado una vida nómada. Estaban acostumbrados a seculares migraciones trashumantes propias de la Mesta, organización ganadera en pleno auge durante los siglos XV y XVI. Muchos investigadores han encontrado explicación en esta procedencia pastoril a muchos acontecimientos sucedidos en las Indias occidentales. «*Nada demuestra tanto el ánimo del pastor trashumante —escribe Ramón Carande—, el cual ansia siempre nuevos horizontes, como las correrías increíblemente dilatadas de aquéllos que apenas desembarcados en el golfo de México o en Florida no tienen nada más urgente que hacer que cruzar todo el continente hasta California. Lo mismo hacen oí/os sin que los indios, los animales salvajes, las montañas, los ríos, los picos montañosos, ni las impenetrables maniguas los pueda detener. Ellos se extienden por los cuatro puntos cardinales y dejan sus huellas en los nuevos países descubiertos.*» Resulta que nos hemos asomado a un complejo fenómeno, de mucha influencia en la resolución de la empresa colonizadora. Existen abundantes datos y reflexiones. La recién creada asociación ecologista ibérica S.E.I.P.P.E.C., tan preocupada; por las raíces trashumantes, tiene aquí un bonito campo de investigación.

El más álgido punto de esta inquietud de avance lo representa Cortés Cuando aún no estaba completada la conquista del Anahuac, el capitán español puso sus ojos en las tierras del Mar del Sur, descubierto por Balboa en 1513. Surgía ya la idea de expediciones al Océano Pacífico por ver la forma de penetrar en las Indias Orientales. El profesor Konetzke también valora este espíritu inagotable: «*los españoles tomaron posesión en menos de diez años de los dilatados espacios del doble continente americano, mientras que los ingleses permanecieron casi dos siglos en sus granjas de las regiones de la costa atlántica antes de comenzar la marcha hacia el oeste*» (6). Uno de los más relevantes enclaves ganaderos de la Mesta —el monasterio extremeño de Guadalupe— dio nombre a una de las islas descubierta por el Almirante en su segundo viaje. Fue llamada «Santa María de Guadalupe» por deseo de Colón, quien había prometido a los monjes poner el nombre del convento a una de las islas descubiertas. En las lecturas de las crónicas se respiran fuertes resonancias trashumantes. Se dan frases comparativas de este tipo: «*Lleno de vacas corcovadas como ja serena de ovejas*»; refiriéndose a las abundantes llamas, «*las llevan y traen de un extremo a otro como los de Soria y Extremadura*»; por reflejar gran beneficio, «*ganar como con cabeza de lobo*»; *avanzar en silencio, «a cencerros tapados*», etc. En orden al conocimiento de qué tipos caninos aportó Europa al Nuevo Mundo, resulta de vital trascenden-

cia saber de qué áreas de origen partieron los conquistadores. El reino de Castilla capitalizó la empresa del descubrimiento. Durante la pacificación y colonización de los nuevos territorios intervinieron pobladores originarios de otras naciones. La inmensa mayoría de las tropas fueron de origen castellano. Maestres y marineros eran, por lo general, levantiscos, andaluces y vizcaínos. Castilla se constituyó también en el área de extracción de los perros utilizados en las Indias. Isabel de Castilla no permitió el embarque a las Indias más que a súbditos castellanos. Tras la muerte de la reina (1504), Fernando el Católico permitió el viaje de los aragoneses. Los catalanes estuvieron excluidos de empleo en Indias hasta 1714. Con el advenimiento al trono de Carlos de Gante, se permitió la entrada de alemanes, holandeses y otros. En pocas décadas, se corrigió el error, cuidando con rigor de que *«no vayan ni vivan en las Indias más que españoles»*.

«Armas» defensivas

El avance de los tercios españoles resultaba penoso. El geógrafo alemán Termer nos refiere, a través de Konetzke, las dificultades de la expedición a Nicaragua: *«Lograr avanzar miles de hombres con una impedimenta, con caballos, muías y rebaños de cerdos a través de una región pantanosa y selvática, a menudo sin caminos, la cual con su red fluvial, su sequía en las montañas calcinadas y desnudas, su bejucal con pantanos ofrece aún hoy obstáculos muy difíciles de vencer, incluso para pequeños grupos de gente, es una proeza que se ensarta en los más grandes hechos de la historia universal.»*

No sólo actuaba contra el ejército de Castilla el desconocimiento orográfico y la densidad de la selva. El clima extremado de aquellas regiones era otro agente agresor. De las cumbres andinas a los valles tropicales existen más de 50° C. de diferencia. La mayor parte de las acciones bélicas se desarrollan en la zona tórrida. El agobio de la húmeda canícula fue sólo comparable a la insufrible abundancia de insectos. Bernal Díaz padeció este asedio en San Juan de Ulúa en época de junio: *«y con los muchos mosquitos no nos podíamos valer»*. Tan molestos insectos aconsejarían a los españoles interrumpir la práctica habitual de «tajar» las orejas a los perros de agarre. Es muy posible que esta medida fuese decisiva. La descripción azteca de los perros españoles hablaba de «orejas ondulantes». Los grabados o lienzos que nos han llegado de aquella época, reflejan perros con orejas sin reseccionar.

En la húmeda atmósfera tropical se mostraron poco útiles los escudos metálicos llevados desde la Península Ibérica. Los pertinaces ataques de los indios se llevaban a cabo con lanzas, hondas, flechas envenenadas. Los españoles utilizaron armas defensivas hechas en Iberoamérica con materiales originarios de allí. «Confeccionaron armaduras de algodón —escribe Konetzke— según el modelo maya de Yucatán. Estas levitas acorazadas que llegaban a menudo hasta las rodillas eran acolchadas con seis o hasta ocho libras de algodón, respunteadas y abiertas por atrás y por delante» (6). Vivían nuestros españoles día y noche calzados y armados, ataviados con cubiertas en el rostro, gorjales y antipares. También iban protegidos los caballos —muy cuidados en Indias, por su escasez—, enjaezados de flancos y petrales de algodón, donde quedaban las flechas indias. Es muy posible que estas protecciones se instalaran a los perros, tan relacionados con el caballo en la conquista. Hay noticias de empleo de corazas en perros de guerra y de caza. José M.^a Flori, director de la Real Armería de Madrid, restauró una armadura de lebrél uniendo varias piezas existentes en dicha colección. Resulta muy semejante a la expuesta desde 1970 en el museo de caza de Riofrío. Se componen de piezas metálicas y mallas. Se conserva un texto titulado «Proyecto de Ballestería», hecho en los últimos años de reinado de S.M. Isabel II. En él se habla de los perros de «presa o sujeta» y su entrena miento en la caza del jabalí *«para lo cual se les acostumbra poner un pe to de suela, a que se da el nombre de armas, y que les resguarda el cuello el pecho y costillares»* (9). Esta protección resulta de muy semejante diseño a las corazas (palabra que procede de «corium», en latín «cuero») con que aparecen guarnecidos los perros alanos en códice miniado del «Libro de la Montería» de Alfonso XI. Lamentablemente, el material perecedero empleado ha impedido que alguna de estas libreas llegue hasta nosotros.

Como queda dicho, los perros en el combate actuaban en plena vanguardia. No está documentada la protección de los canes con armas defensivas en América. Un breve pasaje del relato de Díaz del Castillo nos da pie para pensar lo contrario: *«... mandóme a mí que fuese adelante descubriendo, y llevaba un lebrél muy bravo que era del Rangél y otros dos soldados muy sueltos y ballesteros... y tírannos a los que íbamos adelante tanta flecha y vara, que de presto mataron el lebrél e si yo no fuera muy armado, allí quedara, por que me empendolaron siete flechas que con el mucho algodón de las armas se detuvieron...»* (3). Alberto Villa es actualmente uno de los más entusiastas y vehementes criadores de Mastín Español. En sus

manos, el mastín ha llegado a demostrar de lo que es capaz en el campo de la defensa personal. Su afición le ha llevado a diseñar unas vistosas mantillas de badana y tela que, aparejadas sobre sus mastines, llegó a presentar al público durante la pasada exposición canina mundial celebrada en Madrid en junio pasado. No sé de qué fuentes de información ha extraído, tan acreditado criador, documentación del diseño de estas mantillas. En cualquier caso, no son semejantes a las armas descritas en los textos referidos. Dudo de su utilidad en un hipotético lance.

Razas vivas americanas

De la intervención de nuestros perros en tiempos de la Conquista han quedado numerosos sedimentos. El posterior trato comercial con Europa ha venido a enriquecer el panorama canino americano. Aun hoy, los principales representantes nacionales de la cinofilia americana están emparentados con perros de acoso, carrera y presa. El controvertido dogo de Cuba, el Fila brasileiro o el Dogo argentino, son obligados ejemplos. Es curioso el hecho de que Nores Martínez, en su libro sobre la nueva raza de Argentina, cite a los alanos, en su última página, Nores a través del texto del historiógrafo profesor Güemez viene a reconocer que *«la silueta y el detalle del tal "perro alano", coincide hasta en minucias con el Dogo Argentino»* (10). Consideraciones al margen, el ideal de alano no se ajusta al standard argentino. Esta apostilla histórica no recibe en la obra de Nores trato ni numeración como capítulo, sino que se debe considerar como epílogo. Adquirí el libro «El Dogo Argentino» de Nores Martínez en 1977. Un año más tarde, me incorporé a la recién creada Comisión de Razas Españolas de la R.S.C.F.R.C.E. Desde ese puesto tuve acceso al material fotográfico de la Sociedad Canina Española. Entre aquel desordenado montón, se encontró una fotografía en blanco y negro que reflejaba la figura de un pesado Alano Español. Se trataba de una copia perfectamente nítida de 10 x 15 cm. aproximadamente, realizada en unos estudios en la madrileña calle de la Arganzuela: Rollo, 144; Cliché, 24.26. La copia desapareció del domicilio social de la Central Canina española, pero tuve tiempo de hacer una reproducción antes del expolio fotográfico a la Sociedad en 1980. Cuál sería mi sorpresa al comprobar la identidad de aquella imagen, obtenida en Madrid, con la foto publicada en la obra de Nores, titulada como «Perro de pelea cordobés» Sin pretender ser tendencioso, he de decir que, pese a la reducción, la imagen impresa —única del libro en que se refleja el

viejo peleador cordobés— ha perdido precisión y foco pero puede comprobarse que se trata de la misma figura. En cualquier caso, pese a estas lagunas documentales, la obra de la familia Norez Martínez ha creado, acreditado y potenciado esta magnífica raza moderna, orgullo argentino en todo el mundo. En otros países iberoamericanos también la cinofilia moderna ha rescatado razas propias. En Brasil, el Cao de Fila está reconocido oficialmente desde 1946. México aporta al panorama internacional razas tan originales como Chihuahuas y Xolozcuitle.

Si a estas alturas de texto el lector sigue atento a estas líneas, requiero de él un último esfuerzo de interpretación.

Frecuentemente, quienes nos dedicamos a poblaciones autóctonas tenemos serios problemas de Comunicación. Es preciso acceder a nuestras razas con una mentalidad abierta. El concepto moderno de raza, por sofisticado, es restringido. Cuando me refiero a castas ibéricas, más que de razas intento reflejar su preferente estado, considerándolas agrupaciones étnicas. Este matiz es realmente importante. Es preciso tener en cuenta las lógicas fluctuaciones por las que han pasado nuestras razas, a través del tiempo y las diferentes regiones. En una existencia histórica tan dilatada parece lógico que diferentes investigadores extraigan distintas conclusiones en temas semejantes. Sin embargo, la inmensa mayoría de los autores españoles prescinden de la investigación original y se conforman con copiar ideas, cuando no reproducir textos sin ni siquiera cita de origen.

Como ha sucedido ya otras veces es de esperar que de este incompleto trabajo autores poco acreditados extraigan datos para luego presentarlos como labor documental propia, incluso tergiversándolos. El rigor y la seriedad que nuestros perros merecen bien valen una labor profunda de investigación; en otro caso, es preferible mantener silencio. En mi exposición, he pretendido presentar datos, citas literales y hechos que han llegado hasta nosotros. No he pretendido otra cosa que no sea abrir luces acerca de los perros conquistadores. Cada frase, cada cita, quiere ser objeto documentado de discusión. No hay nada inventado, nada tendencioso, ningún pasaje que intente confundir o enmascarar. Sólo el desconocimiento limita nuestro criterio.

En cualquier caso, las labores desempeñadas por los perros españoles en las primeras fases de la Conquista de las Indias Occidentales ya tuvieron antes precedentes. Las principales culturas emplearon al perro como instrumento de guerra. Desde los tiempos babilónicos

al Imperio Británico, los perros desempeñaron un papel decisivo en las batallas. La práctica de combate más cercana a la empleada en el Nuevo Mundo se ejerció durante la Reconquista. Cuenta Argote de Molina (11) la notoriedad en la ciudad de Baeza del perro de Sánchez de Carvajal, llamado «Mahoma», luchador contra los moros «*que ganaba sueldo en la frontera de Granada, como un jinete*». Pese a su valentía y arrojo, los perros españoles se han visto apartados de los elogios que sobre animales guerreros se han escrito. Una vez más los héroes caninos españoles brillaron por su ausencia en la exposición que sobre animales de guerra ha preparado el Imperial War Museum de Londres. Pero las crónicas no han olvidado su ejemplar abnegación.■

Carlos Contera Alejandre

(Madrid, julio de 1983)

***'EL PERRO EN LA CONQUISTA DE LAS INDIAS'
POR CARLOS CONTERA***

***'EL MUNDO DEL PERRO' 1983 TOMO IV
Nº 43 Octubre y Nº 44 Noviembre
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS © CARLOS CONTERA***

“El perro en la Conquista de las Indias”

Bibliografía citada

1. **Alfonso Quiroz Cuarón y Samuel Maynez Punte.** *Psicoanálisis del Magnicidio.* México, 1965.
2. **Francisco López de Gomara.** *Historia General de Indias.* Ed. Iberia. Barcelona, 1965.
3. **Bernal Díaz del Castillo.** *Historia Ver-dadera de la Conquista de la Nueva España.* Espasa Calpe. Madrid, 1982.
4. **Gonzalo Fernández de Oviedo.** *Historia General y Natural de las Indias.*
5. **Francisco López de Gomara.** *La Conquista de México.* Ed. Iberia. Barcelona, 1965.
6. **Rochard Konetzke.** *Descubridores y Conquistadores de América.* Ed. Credos. Madrid, 1968.
7. **Visión de los vencidos.** *Relaciones indígenas de la Conquista.* México, 1959.
8. **Alfonso XI,** rey de Castilla. *Libro de la Montería.* Ed. Velázquez. Madrid, 1976.
9. **La ilustración venatoria.** Madrid, octubre de 1885.
10. **Agustín Ñores Martínez.** *El Dogo Argentino.* Buenos Aires, 1973.
11. **Gonzalo Argote de Molina.** «Discurso sobre la Montería» Siglo XVI. Madrid, 1971.

“El perro en la Conquista de las Indias”

Anexo ilustraciones

